



## CAPÍTULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitán Chinchilla: qué clase de hombre era este oficial, y qué negocio le había llevado á Madrid.



Sí que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada de caballeros, en donde entre otras personas vivia un capitán viejo, que desde lo último de Castilla la Nueva habia venido á la corte á pretender una pension que creia tener bien merecida: llamábase Don Anibal de Chinchilla.

No sin espanto le ví la primera vez: era un hombre de sesenta años: de una estatura gigantesca, y sumamente flaco. Tenia unos bigotes poblados que subian, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienas; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su rostro estaba lleno de cicatrices. En lo demas, era como otro cualquiera: no carecia de entendimiento, y aun menos de gravedad. En cuanto á sus costumbres era muy rígido, y se preciaba sobre todo de ser delicado en punto de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza, y supe todos sus asuntos. Me contó en qué ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Países Bajos. Admiré, en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra, no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentia á par de su alma haber disipado una considerable hacienda en sus campañas, de suerte que no le habian que-



dado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para alfiar sus bigotes, pagar su alojamiento y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encogiéndose de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso de ellos. Si vd. lo presenciara, no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre cuál habia de cansarse antes, si yo en darlos ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de presentárselos al mismo rey; pero tan lindo es Pedro como su amo, y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparos.

—No pierda vd. las esperanzas, dije al capitán; vd. sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará vd. hoy en vísperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios.—No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió Don Anibal: aun no hace tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro; y si he de dar crédito á sus palabras, es preciso prestar paciencia.—¿Y qué le dijo á vd., señor oficial? le respondí: tal vez el estado en que vd. se halla no le parece digno de recompensa.—Vd. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramente:—Señor hidalgo, no pondere vd. tanto su celo y su fidelidad; porque en haberse espuesto á los peligros por su patria, no ha hecho vd. mas que cumplir con su obligacion. La gloria que resulta de las acciones heróicas es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un español. Desengañese vd. si mira como deuda la gratificacion que solicita; en caso de que se os conceda esta gracia la deberéis únicamente á la bondad del rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al estado. Infiera vd. de ahí, siguió el capitán, lo que podré esperar, y que al cabo habré de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado cuando se le ve padecer: le echorté á que se mantuviera firme: me ofrecí á ponerle de balde en limpio sus memoriales; y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiera de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien se mostró muy pundonoroso y me dió las gracias. Despues de esto me dijo que, por no cansar á nadie, se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad, que el menor alimento bastaba para su subsistencia, lo que era muy cierto. No se mantenía de otra cosa que de cebollas y ajos; y así estaba en los huesos. Para que nadie viese sus malas comidas, se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante, á fuerza de súplicas conseguí que cenásemos y comiésemos juntos. Y engañando su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me trajesen mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba; instéle á comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á

mis instancias, y tomando insensiblemente mas confianza, él mismo me ayudaba á dejar limpio mi plato y desocupada mi botella.

Luego que hubo bebido cuatro ó cinco tragos, y recuperado su estómago con un buen alimento, me dijo en tono alegre:—En verdad, Señor Gil Blas, que sois muy seductor, pues haceis de mí lo que quereis. Teneis un modo tan atractivo que desvanece hasta el temor de abusar de vuestra generosidad. Me pareció que mi capitán habia ya perdido tanto la cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido dinero, no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba, y me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilias habia aprendido á variar de frases, y aun llegado á ser medio autor. El viejo oficial por su parte se preciaba de poner bien un papel; de modo que, trabajando los dos á competencia, componiamos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres catedráticos de Salamanca; pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de Don Anibal, la corte ningun aprecio hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido á elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía y los Países-Bajos<sup>1</sup>.

Para mayor mortificacion suya aconteció que, habiendo cierto dia recitado en presencia del rey un soneto sobre el nacimiento de una infanta, un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Creo que el mutilado capitán se habria vuelto loco si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de sí, le dije:—¿Qué es lo que vd. tiene? Nada de esto debia vd. estrañar. ¿No están de tiempo immemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y, hablando aquí entre nosotros, las pensiones dadas á los poetas trasmiten á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿Cuántas pensiones concedió de que no tenemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por eso que dijese á Don Anibal, no pudo digerir el fruto del soneto que se le habia sentado en el estómago, y así resolvió abandonarlo todo,

<sup>1</sup> Todos estos países estuvieron sometidos á la España con mas ó menos amplitud mientras ocupó este trono la dinastía austriaca; y en ellos se sostuvieron guerras casi continuas y de mas gloria que provecho.



no obstante que quiso antes envidar el resto, presentando un memorial al duque de Lerma. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer ministro. Allí encontramos á un joven, quien despues de haber saludado al capitan, le dijo con cariño:—Mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea á vd. aquí? ¿Qué negocio le trae á casa de S. E.? Si necesita de alguna persona de valimiento, no deje vd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades.—Perico, dijo el oficial, pues qué, ¿tienes algun empleo bueno en la casa? Á lo menos, respondió el j6ven, es bastante para servir á un hidalgo como vd.—Siendo así, prosiguió sonriéndose el capitan, recurro á tu proteccion.—Desde luego se la concedo á vd., repitió Perico. Dígame vd. su asunto, y prometo sacar raja del primer ministro.

No bien habiamos enterado de él á este j6ven tan lleno de buen deseo, cuando preguntó donde vivia Don Anibal. Nos dió palabra de que el dia siguiente se veria con nosotros, y se despidió sin decirnos lo que queria hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Lerma. La agudeza del tal Perico escitó mi curiosidad, y quise saber quien era.—Es, me dijo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que, habiéndome visto en la indigencia, me dejó, por buscar mejor acomodo. No se lo tomé á mal, porque, como se suele decir, por mejoría mi casa dejaria. Es un lagarto que no carece de talento, é intrigante como todos los diablos; pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del celo que acaba de manifestarme.—Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales dependientes del duque, podrá servir á vd. de mucho; pues no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cabala; que estos tienen en su servidumbre favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

A la mañana siguiente vino Perico á nuestra posada, y nos dijo:—Señores, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla, fué porque no estábamos en parage propio para explicarlos, fuera de que queria tentar el vado antes de franquearme con ustedes. Sepan, pues, que yo soy el lacayo de confianza del señor Don Rodrigo Calderon, primer secretario del duque de Lerma. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches á cenar con un ruiñeñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, discreta, y que canta con primor, y por esto le llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas le llevo un billete amoroso, vengo ahora de verla, y le he propuesto que haga pasar al señor Don Anibal por tío suyo, y que con este engaño empeñe á su galan á protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque ademas del tal cual provecho que juz-

ga le puede resultar, le es de mucha satisfaccion el que le tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto, y mostró repugnancia á hacerse cómplice de una falsedad, y todavia mas á permitir que una aventurera le deshonrase diciendo ser parienta suya; lo que sentia no solamente por sí, sino porque creía que esta ignominia retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico, pareciéndole inoportuna.—¿Se burla vd.? exclamó: vea vd. aquí lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira vd., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios: en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla.

Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al capitan, que á pesar suyo le hicimos se fingiese tío de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el ministro, que despues de revisto, aumentado y corregido, lo puse en limpio, y Perico se lo llevó á la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Calderon, hablándole con tal empeño, que este secretario, creyéndola verdaderamente sobrina del capitan, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vimos á pocos dias. Perico volvió con aire victorioso á nuestra posada.—Buenas nuevas tenemos, dijo á Chinchilla: el rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será vd. olvidado; y así se me ha encargado os lo asegure; pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte á vd. qué hace ánimo de regalar á Sirena. Por lo que respecta á mí, digo que nada quiero, porque prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi amo antiguo; pero no es lo mismo nuestra ninfa de Albarracin: es algo interesada cuando se trata de servir al prójimo; tiene esa pequeña falta; y siendo capaz de tomar dinero de su mismo padre, vea vd. si rehusará el de un tío postizo.

—Diga cuanto quiere, dijo Don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar, se la prometo, y me parece que es bastante dádiva, aun cuando se tratara de todas las rentas de su magestad católica.—Yo por mí me fiaria de la palabra de vd., replicó el mensajero de Don Rodrigo, pues sé que no faltará á ella; pero se trata con una ninfa naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella apetecerá mucho mas que vd. le dé una vez por todas las dos terceras partes con anticipacion y en dinero contante.—¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque? interrumpió asperamente el oficial; ella debe creerme algun contador mayor: sin duda que tú no la has enterado de mi situacion.—



Perdone vd. repuso Perico; sabe muy bien que vd. está mas miserable que Job: no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho; pero pierda vd. cuidado, que yo tengo arbitrio para todo. Conozco á un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento: vd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vd. deducido el interes. En órden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.

El capitan aseguró que siempre que lograrse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el dia siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió cuantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á su pais con algunos doblones que le habian quedado.



## CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A donde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.



E habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor en que otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerias, haciendo como otros muchos, un papel bastante ridículo, ví á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador de hospital. Lo que me admiró en extremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marques de Santa-Cruz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oírle; ademas de esto él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo: ¿Será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardé mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir de las galerias, me dijo abrazándome:—Mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado tienes tus asuntos? Dame cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid.—Muchas cosas me preguntabas á un tiempo, le respondí; y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras.—Tienes razon, me dijo, mejor estaremos en mi casa; vénte conmigo, que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen parage y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.